



LA MUERTE DE PHILAE

Por PIERRE LOTI

Al salir de Assouan, tras la última casa, está el desierto. La tarde cae, y con extraño cielo de color cobrizo esta noche de Febrero se anuncia muy fría.

Incontestablemente es el desierto, con su caos de granito y de arena, con sus matices bermejos, con su color anteaado de animal salvaje... Desgraciadamente ahí están los postes telegráficos y los dos rieles de una vía férrea que juntos le cruzan para ir á perderse allá en el vacío horizonte... Y, sin correr ningún riesgo, vamos en un vulgar coche de punto (¡cuán ridícula y paradójica se me antoja esta circunstancia!) alquilado en el muelle de Assouan.—Sí, es el desierto que, á pesar de amansado y domeñado para uso de los excursionistas, conserva todavía su verdadero aspecto.

Primeramente, cementerios inmensos en medio de las arenas, en el lindero de estas casi soledades. Cementerios vetustísimos, de todas las épocas de la historia: mil pequeñas cúpulas de santones del Islam, estelas cristianas de los primeros siglos, que pegaditas se desmoronan encima de los hipogeos faraónicos. Merced al crepúsculo todas estas ruinas

de muertos y todos los diseminados bloques de granito se mezclan y forman lastimosos rimeros, proyectan fantásticas siluetas brunas en el cielo pálido y cobrizo: arcos rotos, cimborrios ladeados, rocas erguidas como grandes fantasmas,...

Después, cuando traspuesta la región de las tumbas, sólo vemos granitos en la llanura, granitos que los siglos, á fuerza de menoscabarlos, han dado formas de animales cebones; granitos que, de trecho en trecho echados unos encima de otros, forman rimeros monstruosos, ó que yacentes y aislados en medio de las arenas, como sucede en otros lugares, parecen embarrancados en alguna playa muerta é infinita.

Los rieles y el telégrafo han desaparecido; el crepúsculo, por obra de magia hace que las cosas recobren su admirable grandeza bajo uno de esos cielos vespertinos é invernales que en Egipto se mejan bóvedas metálicas y frías; ahora nos damos cuenta de que estamos realmente en el umbral de esas profundas desolaciones arábicas, de las cuales no nos separa ninguna valla. Si no fuera por el extraordinario carruaje que nos conduce, podríamos tomar por lo serio